

no, necesita de la ética aunque la ciencia posea sus propios medios y estrategias. La ciencia, en cuanto acción y en cuanto «humana», necesita de la ética por sus objetivos, medios y fines.

Otros de los problemas planteados en esta obra es la cuestión del contenido: ¿Qué asuntos son propios de la ética informática? La respuesta es clara: las cuestiones fundamentales hacen referencia a una filosofía moral válida para todas las profesiones. Pero la ciencia informática, al tener sus propios métodos, necesita de una aplicación ética concreta. Los aspectos éticos importantes se refieren a la fiabilidad del sistema, a la seguridad del sistema y de los datos, a la piratería del software y hardware para uso de sus clientes.

Otros temas importantes se refieren a ciertos aspectos como irrumpir en los archivos informáticos de otros o la intromisión en casa ajena. Se puede decir, con gran acierto con el autor, que el perfil de la ética informática afecta no sólo a los informáticos ya que se refiere a todos como la ética médica interesa a todos.

Estamos, por tanto, ante una obra de gran actualidad, bien hecha y útil para adentrarse en los interesante problemas que hoy nacen del mundo de la informática. La posibilidad de encontrarnos con ciberasesinos, ciberamantes, ciberladrones, hace de la ética informática una necesidad. Ojalá la dimensión ética de la informática entre a formar parte del computo de asignaturas, propias o transversales, de la enseñanza primaria y secundaria.

Con el presentador de la obra estoy seguro del éxito de este trabajo por su rigor, seriedad y cuidada documentación. Esta obra es imprescindible para conocer la revolución que trae consigo el mundo digital desde el campo ético. No puedo por menos de felicitar a los autores y al traductor en lengua española.

Ángel Galindo García

2) ESPIRITUALIDAD

Manuel Belda - Javier Sesé, *La «cuestión mística». Estudio histórico-teológico de una controversia* (Pamplona: Eunsa 1998) 368 pp.

La «cuestión mística» o, dicho con más precisión historiográfica, el «problema místico», es una terminología ya aceptada entre los historiadores de la teología y de la espiritualidad del siglo xx como parte de un «movi-

miento místico» que se inició a comienzos del siglo xx. A pesar de que existen estudios parciales sobre el tema, considero una buena iniciativa el haber recuperado, en este final del siglo, aquel debate entre teólogos y espirituales aparentemente sobre cuestiones bizantinas y que, sin embargo, tocaban la raíz del ser cristianos: la santidad y los caminos y modos para conseguirla. Se trataba de resolver si el hombre cristiano, para desarrollar todas las virtualidades del bautismo, tiene que ser un místico o no.

Después del Concilio Vaticano II (1962-1965) aquellas voces discordantes se fueron apagando, perdiendo mucho de su sentido originario, con la publicación del capítulo 5 de la *Lumen Gentium*, donde se proclamaba la santidad común y única para todos los cristianos. Después, los teólogos espirituales aceptaron que el camino cristiano tiene necesariamente un componente místico porque la santidad es más don y acción del Espíritu Santo que proyecto humano. Lo místico-místico es lo que únicamente explica la plenitud de la vida cristiana. Han quedado olvidados otros temas paralelos sobre la contemplación adquirida e infusa, el modo de operar los dones del Espíritu Santo, etc., que no interesan tanto a la espiritualidad moderna, ya no se integran en los modernos tratados de Teología espiritual y se recuerda sólo su significado histórico.

Para entender el entramado del libro, sus valores y deficiencias, conviene tener en cuenta que procede de materiales acumulados por alumnos de los dos autores, tesis en dos centros universitarios del *Opus Dei* en Roma y Navarra (p. 16). El lector interesado en el tema hubiera deseado acceder a los títulos de esos trabajos, publicados o no, cuyos autores aparecen como ya «doctores» en la «Introducción» (p. 20), pero no sus obras en la «Bibliografía» final (pp. 361-368). Sea cual sea su procedencia, el escrito aparece bajo la responsabilidad única de los dos autores *in solidum* (p. 16).

Ocho capítulos estructuran la obra. El I dedicado a la «génesis» (pp. 21-30), el VIII a la «valoración, conclusiones y perspectivas» (pp. 352-359), y el grueso del estudio, capítulos II-VII, en el que se estudian la vida y obras de los autores más representativos de la controversia (pp. 33-349).

El juicio de valor que, a mi entender, merece el trabajo es múltiple y diverso. Como información general de autores, obras, debates, planteamientos de problemas, etc., es interesante porque supone una buena síntesis, un resumen bastante completo, con suficientes datos históricos y doctrinales. Por eso el investigador futuro encontrará aquí reunidos muchos elementos dispersos en libros, diccionarios y revistas de la época de los debates y estudios posteriores. Y si hemos dicho que hoy predomina en la espiritualidad el carácter místico de la vida cristiana, el «problema místico» de comienzos del siglo xx será un tema recurrente en los modernos estudios teológicos y de teología espiritual. La obra, pues, será un buen punto de referencia, una obra de consulta necesaria.

Quisiera destacar de manera especial la riqueza informativa sobre los principales autores que intervinieron en el debate: A. Soudreau, A. F. Poulain, Juan González Arintero, R. Garrigou-Lagrange, J. de Guibert, M. de la Taille, A. Gardeil, Crisógono de Jesús Sacramento, Gabriel de Santa

María Magdalena, y otros muchos. De todos ellos hacen una breve referencia a su vida y actividades en el campo de la espiritualidad, sus principales escritos y una síntesis suficiente de su doctrina especialmente la referida a los temas conflictivos. Además, metodológicamente es un acierto el haber acudido, en la mayoría de los casos, a las fuentes originales. Éste me parece el principal mérito de la obra. El capítulo último, el VIII, supone más un juicio de valor que unas « conclusiones » del estudio. Y las « perspectivas » para el futuro (pp. 358-359), prácticamente una página, son insuficientes. En cualquier caso, la conclusión a que llegan los autores después del análisis de la « cuestión mística », « el resultado final fue muy positivo » (p. 355), puede ser demasiado optimista.

El estudio ofrece también al historiador crítico unos puntos débiles que quisiera matizar en un breve resumen. En primer lugar, ciertas incorrecciones de estilo, con uso abundante de adverbios, muletillas más propias (impropias) del lenguaje hablado, por ejemplo el uso frecuente, repetitivo de adverbios terminados en « mente », como *precisamente*, *notablemente*, *suficientemente*, *probablemente* y otras fórmulas, como *en definitiva*, etc. (cf., por ejemplo, pp. 29-32). El trabajo sobre Poulain sigue muy de cerca a J. V. Bainvel en su « Introducción » a la 10.^a edición de su obra *Des grâces d'oraison* (1922, pp. XVI-XXIII, Belda-Sesé, pp. 90-91). Las referencias a las obras del P. Arinterro, *La evolución mística* y *Cuestiones místicas*, se supone que las citan por sus primeras ediciones, 1908 y 1916, respectivamente, aunque no consta en las notas (cf. notas 27-50, pp. 123-131), y sí hacen referencia a ellas en la bibliografía final (p. 361). Quizás en un trabajo científico, como debería ser éste, el lector interesado hubiera preferido el uso de las últimas ediciones preparadas por el autor mismo y respetadas en las posteriores a su muerte porque sabemos que el autor retocaba sus propias teorías.

Desgraciadamente no se alude a la crítica a que sometió el P. Tomás de la Cruz (Álvarez) la doctrina arinteriana sobre todo el uso sesgado de textos tomados de la tradición espiritual y de modo especial los de santa Teresa de Jesús, citándolos incorrectamente y cambiando el sentido original, además de una deficientísima metodología (cf. « El P. Juan González Arinterro y la tradición espiritual », *El Monte Carmelo* 61 [1953] 121-138. Id., « Sobre 'cuestiones místicas' del P. Juan G. Arinterro », *ib.*, 65 [(1957) 341-387]. En el cap. III, C, « La cuestión mística y la consolidación de la Teología espiritual » (pp. 141-144) siguen muy « ad litteram » a Ciro García (*Corrientes nuevas de Teología espiritual*, Madrid, Studium, 1971) sin una referencia en notas en esta ocasión, aunque lo citan en otros contextos, como no podía ser menos. La aportación de los autores carmelitas descalzos al debate (pp. 134-139) la juzgo incompleta, insuficiente, aunque es verdad que dedican varias páginas a los dos mejores protagonistas, los PP. Crisógono de Jesús Sacramentado y Gabriel de Santa María Magdalena (pp. 282-311).

Estos son algunos de los reparos que me permito sugerir a los autores del escrito con el buen deseo de completar lo resumido por ellos y procedente de otros afluentes. En cualquier caso, un trabajo meritorio

como resumen de un camino rico, conflictivo y siempre bastante enrevesado y tortuoso.

Daniel de Pablo Maroto

Santa Gertrudis de Helfta, *Mensaje de la misericordia divina (El heraldo del amor divino)*. Edición de M. Garrido Bonaño. Clásicos de Espiritualidad, 9 (Madrid: BAC 1999), XXVIII + 222 pp.

Sigue la BAC publicando textos de espiritualidad de todos los tiempos. A la presente obra sí le encaja el criterio selectivo de los textos de esta colección de «Clásicos de espiritualidad»: que sean «verdaderos testimonios de un camino espiritual, de una experiencia que podemos llamar *mística*» (solapa de contraportada). La autora, santa Gertrudis (1256-1302), vivió desde muy niña en el monasterio benedictino de Helfta, en Sajonia (Alemania), aunque su espiritualidad era cisterciense y bernardiana. Fue y sigue siendo una de las más famosas místicas experimentales y, al mismo tiempo, escritora de sus propias experiencias. Sus escritos se difundieron primero en latín con diversos títulos: *Revelationes*, *Insinuationes divinae pietatis*, *Legatus divinae pietatis*, una colección de escritos diversos siempre divididos en cinco libros. En la presente edición se publican sólo los tres primeros, de los cuales sólo el segundo es obra más personal de santa Gertrudis en el que narra en primera persona sus propias experiencias místicas; el primero es un intento de hagiografía, vida y milagros de la Santa, y el tercero más gracias místicas narradas por una monja de su monasterio pero utilizando textos o confidencias de la protagonista.

La «Introducción» del editor (xvii-xxviii) me parece ejemplar: breve, concisa, precisa e iluminadora como clave de lectura para entender el entramado sin duda problemático, de los textos aquí ofrecidos y que pueden causar extrañeza en no pocos lectores no habituados a esta literatura espiritual, sobre todo procediendo de la edad media. Por lo tanto esas páginas son de agradecer. Concluye con una «Bibliografía», también esencial, sobre ediciones críticas de los escritos gertrudianos, ediciones antiguas en latín y en castellano, traducciones modernas y unos pocos estudios sobre el tema aquí tratado. Se agradecen ciertas iluminaciones en notas en el caso de citas implícitas y explícitas, con su correspondiente referencias o obras traducidas al castellano, etc. También ésa es obra de un buen editor de textos. Se echa de menos una índice de materias al final. Y es lamentable que no se diga si reproduce alguna traducción precedente, si es propia del editor y, en esta hipótesis, sobre qué edición se hace. Estos datos los agradece el especialista, prestigian un trabajo, y no molestan a los lectores menos exigentes.

Una buena clave de lectura de estas «revelaciones», visiones, locuciones y otros fenómenos místicos es la lectura del «Prólogo», original de la obra, donde se explica que muchos «fenómenos» místicos se reciben y se proponen con imágenes sensoriales para mejor captación del sujeto místico y de los lectores sucesivos (cf. pp. 5-6). Impresiona la cantidad y calidad de esos fenómenos, desde la sentimiento de la presencia de Dios (p. 66), los estigmas y la transverberación, como gracias interiores (pp. 54-57), las visiones de Cristo joven (primera gracia recibida a la edad de veinticinco años (pp. 17 y 50), y las manifestaciones afectuosas de Cristo (niño, corazón de Jesús, paciente, eucarístico, etc.), la inefabilidad de las experiencias místicas (p. 65) y un sinnúmero de fenómenos extraordinarios, susceptibles de análisis por las distintas ciencias del espíritu. Quizás una de las notas a destacar en esta mística, que se repite por ejemplo en santa Teresa, es la convicción de que escribe por obedecer la voz interior de Dios y para ayudar a los futuros lectores (pp. 91-92).

Quizás el lector normal, no especialista en las ciencias de la religión ni en teología espiritual, a quien va dirigida esta edición, aprecie una dimensión divina que ha estado desgraciadamente bastante ausente del cristianismo: la condescendencia de Dios, su misericordia y su ternura, tan abundantemente presente en este escrito medieval. Y sería una razón fundamental para que este tipo de visiones y revelaciones llegue al gran público. Y además algo que destaca el editor de estos textos: la vinculación de la experiencia de lo divino con la celebración de la liturgia. Con ocasión de las fiestas de Cristo y de María, la autora recibe las gracias místicas como si fuesen una percepción ultrasensorial del misterio celebrado. Así su espiritualidad resulta centrada en Cristo con una fuerte dimensión mariana, esta última en la tradición bernardiana de su monasterio.

Daniel de Pablo Maroto

Sergio González, Títulos cristológicos: Pimpollo, Pastor, Padre del siglo futuro, Esposo, Hijo de Dios, Jesús. Estudio teológico-místico en «De los nombres de Cristo», de Fray Luis de León (Valladolid: Ed. Estudio Agustiniano 1995), 478 pp.

Una *Introducción*, seis capítulos, un *Resumen del estudio realizado* y una *Conclusión* configuran el entramado de esta obra. Como el autor va a hacer un estudio «teológico-místico» (?), en la *Introducción* clarifica los conceptos de mística y su referencia a la ascética, recurriendo a los grandes autores; ese mismo proceso sigue para explicar el sentido del «nombre». El grueso del volumen lo constituye el estudio de cada uno de los nombres de Cristo que aparecen en la portada. No deja de resultar curiosa, y sería importante constatarlo, la dimensión «mística» de fray Luis de León. Y sobre todo sería interesante filiar esa experiencia a dos momen-

tos fuertes de su vida: la permanencia en la cárcel inquisitorial como prueba purificativa y el influjo que pudo tener en ello el contacto con las obras de santa Teresa de Jesús. El autor alude a ello (pp. 30-31 y 437-439).

En la obra abunda la información, la erudición, sobre todo referencias a autores antiguos y modernos, pero creo que, en general, falta reflexión teológica, interpretación desde la teología espiritual, profundización en los temas tratados, tan importantes en la producción teológica de Fray Luis de León. Son de agradecer también las colecciones de *fuentes* utilizadas, así como la *bibliografía*, y los *índices* completos de referencias bíblicas, nombres de autores y de conceptos.

Daniel de Pablo Maroto

Fray Luis de Granada, *Libro de oración*. Edición de T. H. Martín. *Clásicos de Espiritualidad* (Madrid: BAC 1999), xli + 308 pp.

Estamos ante una verdadera joya clásica de espiritualidad y de lengua castellana del siglo xvi. Todos los esfuerzos que se hagan para difundir escritos como éste, bienvenidos sean. Pero no sé en qué medida encaja en el proyecto general de la colección de «Clásicos de espiritualidad» como «verdaderos testimonios de un camino espiritual, de una *experiencia* que podemos llamar *mística*» (solapa de la contraportada). El *Libro de oración* de Granada es un admirable ejemplo de literatura espiritual, pero no es una obra «mística».

La presente edición consta de una «Dedicatoria» (p. ix), a lo que es muy dado el editor en sus publicaciones y que me van resultando una cursilada si son tan repetidas; una «Presentación», del P. Antonio Royo (p. xi-xii), a mi entender innecesaria; «Nuestra edición» (xiii-xiv), donde justifica el editor algunos cambios impuestos al texto y edición del P. Granada; «Cronología» del P. Granada (p. xv); «Bibliografía» (pp. xvii-xix), o sea, los trabajos del P. A. Huerga sobre el P. Granada, y dos autores más; y una «Introducción» (xxi-xli) del editor presentando al autor, el hombre, el dominico y sus quehaceres, al escritor, especialmente la composición del *Libro de oración* y su significado en la historia. Notas algo revueltas, con una metodología deficiente. No me parece lo más logrado que ha escrito Teodoro H. Martín.

Si pasamos a la obra de fray Luis aquí editada, el lector crítico, que es mi caso, tiene que manifestarse severo, sorprendido por las muchas manipulaciones que ha sufrido por obra del editor, cambios que justifica con razones que no convencen. Los textos clásicos tienen que ser respetados en su jugo y en su ser porque con los retoques introducidos en este caso la obra de fray Luis no sólo no sale ganando sino perdiendo. Una cosa es que no se haga una «edición crítica» (p. xiii), y otra dejarla bastante irreconoci-

ble para el que la conoce en su edición original. No obstante, admito que la obra de fray Luis no es un modelo de orden y refleja una redacción sucesiva de algunas de sus partes con nuevos complementos sobre la primera edición. Especifico algunos de los cambios que introduce el editor.

Por ejemplo, el mismo título, puesto por T. H. Martín *Libro de oración*, en su origen fue *Libro de la oración y meditación*, y así es conocido en la historia de la espiritualidad desde la primera edición de Salamanca, 1554. No hay razón alguna para cambiarlo. Viene después lo que él llama «Preliminares», que no pertenece al original, bajo cuyo título coloca varias piezas literarias de la obra original, cambiando algunas cosas. Por ejemplo, donde fray Luis escribió: «De la utilidad y necesidad de la consideración» (capítulo I, parte I), T. H. Martín lo convierte en: «Necesidad y provecho de la oración» (p. 11). Juzgue el lector si vale la pena el cambio. A continuación publica el breve resumen de las «partes de la oración», que fray Luis desarrolló ampliamente más adelante (caps. III-VIII, parte I) y que el editor no reproduce, sin duda por falta de espacio. Y finalmente unos «Avisos», que en la obra original estaban destinados especialmente al que hacía «meditación» y en esta edición son «avisos sobre la oración» (pp. 39ss.).

De mayor gravedad me parece el colocar bajo unos epígrafes arbitrarios las famosas *meditaciones* para los siete días de la semana, tanto para la mañana como por la tarde, además del cambio de la ordenación de las mismas en la obra original. En ella, fray Luis propone *primero* las «siete meditaciones» de la mañana que tratan de los distintos pasos de la semana de pasión de Cristo desde la institución de la Eucaristía hasta la resurrección. Y *después*, otras «siete meditaciones» de la noche, sobre el propio conocimiento y la situación de pecadores, las miserias de la vida humana, los cuatro novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria, y concluye con los «beneficios divinos». El editor ha invertido el orden, siguiendo a la letra una nota que fray Luis puso al comienzo de las meditaciones de la tarde. Pero el lector quiere leer la obra tal como la escribió el autor y optará o no por seguir su consejo.

Pero no sería éste el mayor pecado del editor, sino otros cambios que todavía despistan más al lector. Por ejemplo, las siete meditaciones de la noche las coloca bajo el epígrafe general de «Meditaciones fundamentales», no sé la razón, porque son más «fundamentales» las dedicadas a la vida, pasión y muerte del Señor. Y la reflexión sobre dichas verdades se convierten en «consideración sobre...». Y a las de la mañana, titula: «Contemplación de la pasión del Señor», tampoco sé por qué. De hecho, fray Luis propone al orante como objeto de meditación cualquiera de los catorce temas expuestos y que ante todo considere, mire, reflexione, piense, discurra, pondere las verdades y se motive para una sincera conversión y una mayor integración en la vida cristiana. Es decir, el autor quiere enseñar al lector a orar meditando siguiendo un método, que contiene varios pasos: preparación, lección, meditación, acción de gracias y petición, y le ofrece una serie de materiales para que lea y, después de la lectura, aplique sus facultades sensoriales, intelectuales y afectivas, se impregne de lo leído, asimile sus contenidos, se emocione y saque las consecuencias.

Significa poco que el autor incite al orante alguna vez, raramente, a «contemplar» la pasión del Señor. De hecho, fray Luis de Granada, después de haber citado el texto evangélico apropiado y antes de hacer una reflexión meditada sobre el paso de la pasión, escribe siempre: «Meditación sobre esos pasos del texto», que el editor se empeña en traducir sistemáticamente en: «Contemplación sobre los textos». Fray Luis de Granada incluyó las catorce meditaciones bajo el epígrafe de la primera parte, dedicada a «la materia de la consideración». En consecuencia, la nueva terminología introducida por el editor en el venerable texto quizá confunda al lector.

Es también lamentable que el editor nos haya privado de los epígrafes originales que preceden a cada una de las catorce «meditaciones», con sus respectivas subdivisiones y los haya resumido con poca gracia, supongo que para ahorrar espacio. No me parece razón suficiente. Por ejemplo, recojo algunas más significativas. En el original se lee: «De los pecados y defectos en que el hombre puede haber caído después de haber conocido a Dios». Editor: «Caídas después de haber conocido a Dios» (p. 64). Original: «De la acusación de la propia conciencia y del aborrecimiento y desprecio de sí mismo». Editor: «Voz de la conciencia: aborrecimiento y desprecio de sí» (p. 69). Original: «De cuán frágil sea nuestra vida». Editor: «La vida es frágil» (p. 87). Original: «De cuán mudable sea nuestra vida». Editor: «La vida es inconsistente» (p. 90). Original: «De la última de las miserias humanas, que es la muerte». Editor: «Por fin, la muerte» (p. 98). Original: «De cómo es incierta la hora de la muerte y de la pena que da el apartamiento de todas las cosas que vienen con ella». Editor: «No sabemos la hora» (p. 111). Original: «De cómo se conocen aquí los yerros de la vida pasada, y del temor de la cuenta». Editor: «Reconozco mi culpa, Señor» (p. 116). ¿Pará qué seguir?

Ésta es la libertad que se toma el editor, pienso que sin necesidad. Un lector moderno prefiere leer los textos escritos por el autor, sin más retoques lingüísticos que los necesarios. Y creo que el editor mete innecesariamente la tijera o impone caprichosamente «sus» gustos en una obra de tanto sabor y originalidad, aunque sea en pequeños detalles. Un último apunte crítico. Tratándose de una edición «popular», el editor se podría haber tomado la molestia de remitir al lector en las notas a traducciones castellanas cuando existan. Sigue materialmente la edición de A. Huerga, Madrid, FUE, 1994.

Daniel de Pablo Maroto.

Manuel Diego Sánchez, *San Juan de la Cruz. Bibliografía sistemática* (Madrid: Editorial de Espiritualidad 2000), 734 pp.

Presentamos con gusto esta obra de un autor ya conocido por sus muchos trabajos en el campo de la bibliografía. Actualmente dirige en el *Teresianum* de Roma el anuario *Archivum Bibliographicum Carmeli Tere-*

siani. Sobre san Juan de la Cruz ya había publicado en 1993 *San Juan de la Cruz. Bibliografía del IV Centenario de su muerte (1989-1993)*, indispensable obra de consulta por sus muchas acotaciones, aun después de la publicación de la obra que ahora presentamos. El autor habla de «modesta contribución» al sanjuanismo (p. 17), pero, en realidad, es el trabajo más completo que existe hoy en el mundo a mucha distancia de todos los demás. Ciertamente ha hecho un trabajo de artesanía, como dice también el autor, de «varios años» (p. 17), «un trabajo de varios años consultando bibliotecas y bibliografías especializadas» (p. 24). Se trata, pues, de una bibliografía completa sobre lo que se puede llamar el «movimiento sanjuanista», si no nacido sí crecido al menos en el siglo xx con ocasión de varios centenarios, como el del nacimiento (1942), de la muerte (1891 y 1891), de la canonización (1926), reforma de los carmelitas descalzos (1968), y de la declaración como doctor de la Iglesia (1926). Hermosa fecha la del 1999 para clausurar tanta efemérides sanjuanista recogiendo todo lo que se ha publicado hasta ahora sobre el santo doctor.

La presentación del inmenso tesoro bibliográfico tiene en esta obra un carácter sistemático y, dentro de cada una de las entradas, sigue el orden cronológico de las publicaciones. Aquí se abre el ancho abanico de los 19 apartados dedicados a texto o escritos (I), misceláneas (II), estudios generales (III), biografía sanjuanista, en general y por etapas de su vida (IV), estudios históricos (V), estudios generales sobre la obra sanjuanista (VI), estudios sobre los escritos (VII), aspectos literarios (VIII), mística sanjuanista (IX), pensamiento (X), la posteridad de su pensamiento, polémica y defensa (XI), influencias, que el autor llama «estudios comparados» (XII), culto y reconocimiento eclesial (XIII), homenajes y patronazgos (XIV), conmemoraciones (XV), el sanjuanismo moderno (XVI), homilética (XVII), literatura devota (XVIII) y bellas artes (XIX). En total, 6.328 entradas bibliográficas, más o menos, porque el autor ha suprimido algunos números que descubrió como repetidos (p. 26, nota 9), pero se compensan con otros títulos que incorporó a última hora y se distinguen con la letra volada ^a.

Si la simple tarea de acumular tal cantidad de materiales es ya un prodigio de laboriosidad y que tiene un valor inmenso para el sanjuansimo, el trabajo se enriquece con las referencias cruzadas, ciertas notas aclaratorias, especialmente ricas para el conocimiento de los autógrafos y manuscritos (nn. 98-251); alusiones a obras no estrictamente sobre san Juan de la Cruz, pero que tratan de él, dando las páginas que interesan; en muchas ocasiones, si las obras lo merecen, cita las principales recensiones conocidas por él y los lugares donde se pueden consultar, todo lo cual supone un trabajo suplementario; especialmente ricas encuentro esas notas referidas a las ediciones de las *Obras completas* del Santo (nn. 306-399) o a las «biografías críticas» (nn. 923-940).

Aspectos dignos de reseñar son los siguientes. La parcelación que hace el autor de la vida del Santo, cronología, ambiente histórico, personalidad, artista, reformador, familia e infancia, formación, carmelita, estu-

dios, y así hasta la muerte (cf. nn. 941-1287^a). Son noticias complementarias que el estudioso del sanjuanismo agradecerá sobremanera. Lo mismo digamos del cap. V, dedicado a los «estudios históricos» ambiente histórico, religioso, social, cultural del siglo XVI, etc. (cf. nn. 1288-1500). O los capítulos VI, en el que recoge, además de otras cuestiones, el problema de las «fuentes» (nn. 1542-1795), y el VII, todo lo referente a los estudios sobre los distintos escritos del Santo (nn. 2023-2526). Interesante y útil me parece también la presencia de un tema tan actual como la mística, en sus aspectos generales, la historia, y finalmente, capítulos importantes de la mística sanjuanista y los términos que la condensan: noche, nada, símbolos nupciales, unión y los fenómenos extraordinarios (nn. 3037-3603). Es espléndido también el capítulo X, dedicado a tematizar la doctrina de san Juan de la Cruz desde todas las angulaciones posibles (nn. 3604-4636). Así como el capítulo XI, sobre el influjo de la doctrina del Santo por naciones, en órdenes religiosas y movimientos de espiritualidad, presencia en las Iglesias cristianas, en otras religiones, en la filosofía, etc. (nn. 4853-5655). Y no dejan de tener importancia las referencias a la bibliografía sobre el «culto y reconocimiento eclesial» (nn. 5656-5781) y las conmemoraciones centenarias (nn. 5791-5978).

No quisiera concluir esta reseña sin aludir al riquísimo «Índice analítico» que incluye personas, lugares y temas importantes, indicando en negritas los lugares donde se tratan de modo más específico. Son 57 páginas a dos columnas de inapreciable valor en este tipo de trabajos. Así como hacer algunas anotaciones, ya que el autor pide sugerencias y posibles correcciones (p. 28).

En primer lugar, alude a las «Biografías críticas» (siglo XX), término ambiguo y comprometido si lo aplicamos a todas las citadas del siglo XX, habida cuenta que entre ellas se cita la de J. M. Javierre (n. 937), que no creo merezca ese título. Segundo. Hubiera sido bueno, a mi entender, distinguir entre los «autógrafos» y «copias» de sus obras, en lugar de decir «manuscritos y autógrafos», sean obras o cartas (a y b, pp. 48 y 76). Se entiende que todos son manuscritos y algunos pocos son autógrafos del santo. Además, en cada uno de estos apartados indicar el lugar de conservación de unos y otros, como lo suele hacer el autor (nn. 98-351). Tercero. El libro aparece con dos títulos. El de la portada externa: *San Juan de la Cruz. Bibliografía sistemática*; y otro diverso en la interna: *Bibliografía sistemática de san Juan de la Cruz*. Puede causar confusión en las citaciones que habrá que hacer de esta magna obra en el futuro. Cuarto. Quizá no todos estaremos de acuerdo en la ordenación cronológica de los estudios, dentro de cada uno de los apartados, y hubiéramos preferido la estrictamente alfabética, evitando así repeticiones del nombre de los autores; aunque reconozco que la fórmula elegida por el autor tiene sus ventajas. La veo útil, por ejemplo, en los apartados dedicados a las ediciones de las obras del santo (297-472).

No obstante estas anotaciones, creo que estamos ante una obra de un valor incalculable, instrumento necesario para los que de aquí en adelante escriban sobre san Juan de la Cruz y que no quieren repetir lo ya escrito

sobre él, bien sean especialistas, para profundizar en lo ya dicho o abrir nuevos campos, bien sean noveles escritores para orientar sus estudios hacia temas no tratados. Para todos una completísima enciclopedia bibliográfica, no obstante sus carencias y deficiencias que en un examen más riguroso se podrán encontrar. Estamos, sin duda, ante el mayor esfuerzo hecho hasta ahora en el campo bibliográfico del sanjuanismo científico y tardará en ser superado. Por todo ello, felicitaciones al autor.

Daniel de Pablo Maroto

Teodoro H. Martín (ed.), *¡Te conocimos, Señor!* (Madrid: BAC 1999), xvi + 265 pp.

El título de este libro es invención del editor y corresponde a tres testimonios de lucidez religiosa o momentos de conversión hechos por sus respectivos autores: Manuel García Morente en *El «hecho extraordinario»*. Dag Hammarskjöld, *Marcas en el camino*. Y André Frossard, *Dios existe*, como consta en la portada misma del libro. Creo que los tres escritos encajan en el proyecto de esta colección de «Clásicos de espiritualidad», si bien no acabo de entender en ella ese baile de autores y de obras en un vaivén de siglos desde el II al XX. Creo que hubiera sido mejor haber planificado la colección por edades históricas y dentro de ellas situar a los autores correspondientes, quizá con una introducción general para los distintos períodos, sobre todo pensando en los que adquieran toda la colección. Dicho esto en general, fijémonos en la presente obra.

Destacamos dos dimensiones de la obra. Primera, las «introducciones» de Juan de Dios Martín Velasco, luminosas para la interpretación de unos textos, pero, a mi entender, excesivamente largas y desproporcionadas, pp. 5-41 (Morente); 87-121, a la que se añade otra introducción de la edición inglesa de W. H. Auden, pp. 123-136 (Hammarskjöld), y 213-246 (Frossard), si las comparamos con la extensión de los textos (pp. 43-83, 136-209 y 246-265). La equivalencia es de 117 páginas, más cuatro de «Notas preliminares» y bibliografía, a 132. Además, algunos de los testimonios reproducidos son suficientemente claros para el lector que no necesitará tan eminente lazarillo.

La segunda parte reproduce los «textos» de los tres autores mencionados, ya conocidos en varias ediciones. Pienso que el más luminoso e impactante para el lector creyente y aun increyente será el de Morente, no obstante su variada interpretación, a la que ayudarán, sin duda, las palabras introductorias de Martín Velasco. El brillante profesor de filosofía, García Morente, agnóstico, que tuvo la fortuna, en un momento de su vida, de tener una experiencia de Cristo envuelto en un cierto sentimiento de presencia, que se asemeja mucho al que tuvo y describió santa Teresa. Fue

un acontecimiento que transformó su vida y forzó su existencia no sólo a la creencia en Dios, sino a su consagración a él como sacerdote católico. El escrito que aquí se reproduce es una joya de la literatura religiosa y modelo de análisis de una situación interior nueva a la que el filósofo intenta dar una explicación racional y psicológica, pero que intuye ese algo más de las experiencias místicas.

El testimonio de Frossard, a mi entender, queda corto en su expresión literaria y hubiera requerido un texto más abundante. Dejarle hablar al autor, darle las páginas que juzgo sobreabundantes en las introducciones. El lector percibirá con menor brillo en las páginas que aquí se ofrecen el paso de la incredencia a la aceptación de la fe en Dios, descubierto al mirar la custodia del Santísimo expuesto en una perdida capilla de las religiosas reparadoras de París. Hay mucha literatura en su breve relato, pero ante todo, la luz de Dios que envolvió al incrédulo Frossard y lo convirtió a un cristianismo militante. Un precioso relato de converso.

Y, finalmente, el de Dad Hammar skjöld es un caso aparte. En una primera lectura precipitada desconcierta por la densidad de las sentencias; pero en una segunda más reposada se percibe la hondura de un hombre que va descubriendo el sentido de su vida en medio de sus obligaciones políticas de alto riesgo y responsabilidad como secretario general de las Naciones Unidas (1953-1961). Se puede decir que es un laico que descubre la faceta religiosa y mística de la existencia como una renuncia a los propios intereses y la necesidad de quemar la vida al servicio de los demás. Asistir a ese forcejeo del autor, a partir del año 1952 hasta el momento de su muerte casi presentida, es un auténtico gozo para el lector a quien apasionen relatos de crecimiento humano y espiritual. No hay una revelación súbita en Hammar skjöld, sino un proceso largo, sostenido y un final clarificador en su muerte cuando se dirigía a solucionar un conflicto en el corazón de África. Todo un símbolo. Un proceso en el que está presente la fe en un Dios personal.

El título de este apasionante relato en forma de sentencias, aforismos, reflexiones, citas de autores modernos y místicos medievales es *Marcas en el camino* y tiene un valor inmenso en una historia de la espiritualidad contemporánea. No se dice nada en esta edición del autor de la traducción, si se hace desde el sueco o desde el inglés. El original apareció en un cuaderno de notas autógrafas del autor sueco y del que existen traducciones en otras lenguas, entre ellas el castellano.

Una última palabra sobre el valor de estos relatos de conversión. Se trata de tres personas laicas, inicialmente indiferentes ante el hecho religioso y que han encontrado no sólo la fe, sino al Dios de la fe que dio sentido a sus vidas entregándolas a los demás. ¿Modelos de una espiritualidad laical, sobre todo la de Frossard y Hammar skjöld?

Daniel de Pablo Maroto